

البيط
AL-BASIT

REVISTA DE ESTUDIOS ALBACETENSES



TERCERA ÉPOCA • AÑO XXVII • NÚMERO 46 • DICIEMBRE 2002

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR:

RAMÓN CARRILERO MARTÍNEZ

Director del Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel"

CONSEJEROS:

LUIS G. GARCÍA-SAÚCO BELÉNDEZ
ISABEL MOLINA MONTEAGUDO
FRANCISCO MENDOZA DÍAZ-MAROTO
JULIÁN DE MORA MORENO
ANTONIO MORENO GARCÍA
CARLOS PANADERO MOYA
MIGUEL PANADERO MOYA
AURELIO PRETEL MARÍN
JOSÉ SÁNCHEZ FERRER
ALFONSO SANTAMARÍA CONDE
JAVIER LÓPEZ PRECIOSO
ANTONIO SELVA INIESTA
ALONSO VERDE LÓPEZ

Editor científico:

Instituto de Estudios Albacetenses de la Excm. Diputación Provincial de Albacete

Dirección y Administración:

Callejón de las Monjas, s/n. - 02005 Albacete

Dirección Postal:

Apartado de Correos 404 - 02080 Albacete

Cuenta corriente:

Caja Castilla La Mancha, n.º 2105 1000 22 0140520395

Periodicidad: Semestral

Precio de suscripción anual: 9,62 euros + I.V.A.

Número suelto: 6,01 euros + I.V.A.

Canje:

Con todas las revistas científicas o culturales que lo soliciten

* * * * *

AL-BASIT no se solidariza ni identifica necesariamente con los juicios y opiniones que sus colaboradores exponen, en el uso de su plena libertad intelectual.

IN MEMORIAM

IN MEMORIAM

MIGUEL RODRÍGUEZ LLOPIS. (1958-2002)

Aurelio Pretel Marín

Es tópico decir que los mejores suelen morir más jóvenes. En el caso concreto de Miguel sólo en parte se ajusta a la verdad, porque era el mejor en muchas cosas, pero lo hubiera sido si en lugar de morir a los cuarenta hubiera duplicado sus años de existencia. Años, los que nos faltan, que aún hubieran sido mucho más productivos, con toda la experiencia que había acumulado quien ya daba una muestra de su saber hacer desde el primer trabajo. Por eso, ante lo injusto de su fallecimiento, no sirven de consuelo ninguno de los tópicos al uso, y sólo queda espacio para considerar y lamentar lo mucho que perdemos –en personalidad, en obra, en amistad- y lo mucho que aún nos hubiera podido ofrecer, además de lo mucho que nos dio.

Miguel Rodríguez Llopis nació en Yeste en 1958, estudió bachiller en Albacete y terminó en Murcia la carrera de Historia, como tantos paisanos, que entonces no teníamos facultades de Letras dentro de la provincia (seguimos sin tenerla, aunque hoy, por lo menos, hay la de Humanidades). Su expediente académico –del que nunca le he oído alardear, pero que pocas veces he visto superado- y su disposición para el estudio y la investigación hicieron que muy pronto consiguiera una beca, y muy poco después la titularidad de Historia Medieval en esa Facultad. Allí le conocí, hace más de veinte años, en uno de mis viajes al Archivo Municipal de Murcia y al Departamento de Historia Medieval para recopilar bibliografía y documentación. Aquella misma tarde, tras un par de cervezas y dos horas de charla, nos hicimos amigos y trazamos los planes del que habría de ser nuestro primer trabajo en colaboración –aquel curioso estudio en torno a Villanueva de La Fuente- fruto de su manejo de las fuentes sobre las encomiendas santiaguistas y de lo investigado por mi parte sobre la documentación medieval de Alcaraz. Poco tiempo después tuve el honor de proponer su ingreso en nuestro Instituto de Estudios Albacetenses e informar de manera favorable la edición del que fue su primer libro, el que fue su tesina sobre las encomiendas de Yeste y Taibilla; un libro que a mi juicio era ya mucho más que la promesa a que se refería el doctor Torres Fontes, nuestro común maestro, en el prólogo al mismo. Era, probablemente, pese a la escasez de documentación, el estudio más serio que hasta entonces se había publicado

sobre nuestro pasado medieval, y al tiempo un primer paso en su investigación sobre los señoríos santiaguistas en el reino de Murcia –su tesis doctoral, que hoy es un referente imprescindible, a escala nacional, para quienes estudian la Orden de Santiago, el sistema feudal y la historia rural en general- y sobre otros asuntos de interés provincial albacetenses.

No voy a descubrir quién fue Rodríguez Llopis en el medievalismo español y muy en especial en el murciano. De sobra conocidos son sus trabajos últimos, como coordinador de sendos magníficos volúmenes en torno a la figura de Alfonso X el Sabio, en los que colaboran los más reconocidos expertos en el tema, y sus actividades al frente de las series de Historia de la Editora Regional murciana. También lo es su Historia de la Región de Murcia en la que demostraba su dominio de fuentes antiguas y modernas, su gran capacidad para la síntesis y su capacidad renovadora, que se fundamentaba no en la tan habitual búsqueda de lo nuevo por lo nuevo, sino en la innovación metodológica y en la contemplación de los problemas desde una perspectiva propia y original, pero siempre científica y apegada a los hechos. Una historia, por cierto, en la que se plantea el concepto de reino y de región de Murcia; en la que poblaciones de la actual provincia de Albacete, raramente tocadas por los historiadores de aquel conjunto histórico, comienzan a tener su representación proporcional; y en la que deja claro que, sin dejar de ser un gran medievalista, no quiere resignarse a aceptar la arbitraria y contraproducente división de la historia en edades, sino que la contempla como un todo continuo e interdependiente.

Tampoco voy a entrar a valorar su obra desde el punto de vista científico-académico, ni como promotor de la renovación metodológica (su gran preocupación durante años). Que lo juzguen sus pares, si se atreven, puesto que es un trabajo que supera con mucho mis posibilidades y mi capacidad. Sí quiero destacar la enorme variedad de sus preocupaciones, que van desde la historia social y económica a la institucional (ahí está su *Iglesia y sociedad feudal*, en colaboración con Isabel García), a la demografía medieval y moderna, desde la historia agraria a la de la familia (muy en particular linajes santiaguistas y nobleza menor dentro del señorío de Villena) y la historia de las mentalidades (símbolos, ceremonias y representaciones del poder); y la facilidad con la que descendía al microanálisis de un hecho muy concreto, como pudieran ser los sucesos de Yeste, y a continuación era capaz de realizar la síntesis de un tema tan extenso como es el mundo islámico (aunque él, modestamente, decía que eran sólo materiales didácticos para impartir su curso sobre esta materia). Por supuesto, tampoco voy a entrar a enjuiciar su aspecto de docente: mucho mejor que yo lo harían sus alumnos –que lo

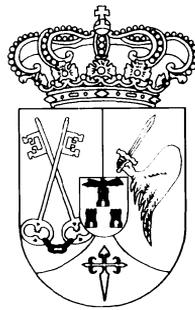
dicen no sólo con palabras, sino con el rigor y calidad de sus publicaciones y con dedicatorias a cual más expresiva- y aquellos que tuvieron más ocasión que yo de escucharle explicar cualquier tema con esa claridad y precisión que sólo da el dominio de los datos concretos y de una permanente reflexión de orden teórico.

Pero como estudioso y como albacetense, sí quiero destacar lo que ha significado Miguel Rodríguez Llopis para nuestra provincia. Porque, viviendo en Murcia, él nunca se olvidó de su vinculación con Albacete y con el I.E.A, donde además sabía que se le valoraba y apreciaba de veras. Desde aquel primer libro sobre Yeste, y desde aquel Primer Congreso de Historia de Albacete, al que aportó un trabajo que ha pasado a ser clásico en la bibliografía provincial, no dejó de escribir y publicar artículos, tanto en nuestra revista Al-Basit como en Información Cultural Albacete, sobre distintos pueblos de la orden de Santiago (Yeste, Nerpio, Socovos) como sobre cuestiones mucho más generales, como la población albacetense a principios del siglo XVI. Además, otro libro sobre Liétor y otro del señorío de Villena en el siglo XIV, en que modestamente colaboré con él... Y lo que no se ve: los informes respecto a la edición de libros, la colaboración en los congresos... y cientos de consejos –incluso documentos encontrados por él– que generosamente nos ha proporcionado a quienes estudiábamos la historia provincial. Porque, frente a los usos miopes y cicateros que suelen abundar en este mundo de la investigación, Miguel fue generoso por encima de todo. No solamente ya no tuvo inconveniente en firmar un trabajo junto a un alumno suyo, e incluso con personas, como yo, ajenas por completo al ámbito académico, sino que nos hacía sentirnos como iguales, aceptando a menudo opiniones distintas a la suya, aunque la mayoría de las veces era él quien tenía la razón.

Pero no acaba aquí lo que Albacete tiene que agradecerle. Consciente del escaso desarrollo de la bibliografía medieval de la provincia, desde su puesto en Murcia no dejó de atraer hacia su estudio a alumnos destacados, algunos procedentes de la misma provincia, como Carlos Ayllón, pero otros por completo ajenos a la misma, como Isabel García, José Damián González y otros que ahora comienzan una prometedora andadura, que se han convertido en los autores de algunos de los títulos de mayor interés con que contamos. Autores que, aunque toquen asuntos muy distintos, y aunque probablemente ni siquiera sean conscientes de ello, tienen el mismo sello de rigor, madurez y formación que habla de su maestro tanto como de ellos mismos. No hace mucho, en el prólogo a uno de estos trabajos, que le ha dedicado su discípulo José Damián González, y que Miguel aún pudo llegar

a conocer poco antes de su muerte, reconocía yo la envidia –sana envidia– que me daba este aspecto de su obra: haber creado escuela, una pequeña escuela, es verdad, porque no le dio tiempo a mucho más; pero también la única que hasta el día de hoy ha podido tener esta provincia y muy probablemente la única que habrá durante mucho tiempo. Solamente por eso ya se merecería la eterna gratitud de los albacetenses.

Me consta que Miguel no fue muy popular en algunos ambientes, y que incluso al final, cuando la enfermedad ya no le permitía mantener ante ellos sino una sonrisa de desprecio, tuvo que soportar algunas zancadillas y maniobras indignas. Su dañina afición a cantar las verdades del barquero, su apego hacia las causas que tenía por justas, aunque no le atañeran de manera directa y hasta le acarrearán perjuicios personales, le trajeron alguna que otra enemistad, enconada a menudo por mezquinas envidias. Y, aunque también tenía su lado seductor, su falta de sentido del corporativismo, su desprecio a las normas del poder arbitrario y a los usos –y abusos– del sistema académico y de una sociedad tradicional e hipócrita, tampoco le ayudaron a granjearse amigos. Sin embargo, no hubo entre sus detractores quien no reconociera la altura de su obra ni quien se le enfrentara en un debate científico académico. Contra viento y marea, supo ser y vivir conforme a sus principios, sin halagar a nadie ni dejarse halagar, y quizá por lo mismo supo afrontar la muerte con la serenidad, hasta con el humor, de quien nunca temió sino a la indignidad. Sus incondicionales –entre los que me cuento, sin que ello signifique que siempre le entendiera o estuviera de acuerdo en sus ideas– recordaremos siempre que fue un ejemplo vivo de investigador, compañero y amigo, de los que no se quedan en las simples palabras (puedo dar fe de ello). Al menos para mí, fue también un modelo a imitar como persona: de él se puede decir a modo de epitafio, sin faltar en un punto a la verdad, que no ha sido el desecho que la vida dejó de un ser humano, sino alguien que supo vivirla como un hombre del principio al final. Por si acaso es verdad la idea medieval de que la única forma que nos queda de vencer a la muerte es vivir en la “vida de la fama”, yo seguiré esperando que, como tantas veces, me llame por teléfono cualquier noche de éstas, que dejamos a medio una conversación.



DIPUTACION DE ALBACETE